

cuál de los dos preferirías?», Y contestó la señora:—“Por una idea de consecuencia, á él; por una idea de felicidad, á ti.” Tan extraña cavilación pudo influir en la neurosis que padeció más tarde.

Revelan estos escrúpulos un alma tierna y ensoñadora, á la vez que un persistente criterio del deber y la lealtad en las cuestiones sexuales, muy propio de la raza sajona y muy ajeno de nuestro sentir meridional. A bien que el trato y la condición de Campoamor era de molde para aliviar enfermedades del espíritu, y disipar sombras de esas que sólo proyectan las alas del ideal sobre las almas excesivamente puras. Aparte de tan inocentes aprensiones, doña Guillermina O'Gorman, por espacio de cuarenta años y hasta el día de su muerte, ocasionada por una congestión pulmonar y cerebral, vivió con su esposo hecha una tórtola. El la mimaba como á una niña, mientras los dos envejecían dulcemente, juntos y muy encariñados. En cierta ocasión, volviendo de la calle, acercóse el poeta á su mujer y la dijo:—“¿No sabes? Hoy estuve en casa de la Mahonesa... y no te compré dulces.”—“¡Imposible!”,—gritó la dama.

Jamás quiso aquella virtuosa mujer, irlandesa de origen y católica ferviente, y donosísima é ingeniosa en su trato y conversación, convencerse de que cuanto escribía su marido no era la quintaesencia de la ortodoxia, y las *Doloras* continuación del *Kempis*. Acaso en esto último no iría completamente descaminada. Lo cierto es que la mayor desazón que

pudo haber recibido, sería si á algún obispo intransigente se le ocurre prohibir los escritos de Campoamor. Encontrando León y Castillo á Campoamor á la puerta de una iglesia, preguntóle qué hacía allí: “Oír misa—respondió;—cuesta menos trabajo oír misa que oír á mi mujer luego.” Por eso Alejandro Pidal, en una semblanza que es un prodigio de intención inquisitorial y gracia maligna, llama á Campoamor “pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer.”

A bien que la señora de Campoamor no leía las críticas ni las polémicas provocadas por los versos de su marido. Entre los literatos jóvenes se susurraba que el poeta ejercía en su casa la previa censura, suprimiendo todo impreso capaz de infundir á su mujer la idea de que él no era ningún Padre de la Iglesia, ni siquiera un Chateaubriand, restaurador del culto. Añadiase que, con las manos juntas y la fisonomía más compungida y lastimera, imploraba Campoamor á cualquier gacetillero para que si quería pusiese sus versos como chupa de dómine, pero dejase á salvo su ortodoxia, su cristianismo... y hasta el espíritu místico de las *Doloras*.

Fué la señora de Campoamor, si juzgo por el retrato que conserva el poeta, mujer de tipo étnico, blanca, descolorida, de azules ojos, inteligente y entristecida expresión, frente despejada, y formas nobles y de gallarda armonía. No hubo de este enlace sucesión alguna, ni siquiera indicios de que la pudiese haber. Cam-

poamor, privado de hijos, muestra á sus sobrinos vivo afecto, unido á la simpatía especial que siempre le inspiró la juventud.

Volviendo á la vida pública de Campoamor, recordemos que desde Alicante fué enviado á otra insula, á Valencia — país del cual habla con lirismo, diciendo que en Valencia “la materia tiene algo del espíritu, los hombres son agradables como las mujeres, y las mujeres ligeras como los ángeles.” Allí escribió *Colón*, que él llama “la más aeriforme, por no decir la más valenciana de las epopeyas.” La sublevación de 1854 vino á arrancarle de su edén del Turia. El reguero de pólvora del motín se comunicó á Valencia, y Campoamor, — fiel á su costumbre de arrostrar el peligro á la griega, con jovial humor y en postura elegante — al oír bramar la tempestad por las calles, por aquellas mismas calles teñidas once años antes en la sangre del gobernador Camacho, sentóse á la mesa, y reuniendo á algunos amigos fieles que “honraban su amistad en una de esas horas tremendas en que la amistad es tan rara como el ave fénix,” dispúsose á brindar por los caídos, es decir, por sí propio, á tiempo que la muchedumbre, forzando las puertas, pidiendo armas, se precipitaba en el aposento. “Como es de inferir, con este aluvión de nuevos convidados ya nos fué forzoso abandonar los postres, entre otras cosas porque no había para todos.” La tranquilidad de Campoamor, una arenga en ’emosín del poeta Camprodón, que se contaba el número de los amigos fieles, y la buena

pasta de los amotinados, evitaron que la trágica escena de la muerte de Camacho se renovase. Imponente debió de ser, sin embargo, la entrada de la horda, cuando la terrible impresión costó la vida al suegro del poeta. Al referir Campoamor este episodio, aunque se alaba de la benignidad de las turbas, que acabaron por hacerle una ovación, no puede ocultar su repugnancia hacia los desharrapados. Su temperamento es de aristócrata, de oligarca; el que lea una sola página suya ve desde luego al enemigo jurado de las nivelaciones, de la intervención de la plebe en el gobierno y en todo lo que sea *formación de la historia*. Nadie ha concedido menos á la colectividad que el autor de las *Polémicas con la democracia*.

Mil veces, al oír cómo los franceses se llaman á sí propios la nación del ingenio (*esprit*), me he sonreído silenciosamente, pensando cuántas docenas de libros necesitarían escribir nuestros vecinos, con juegos de palabras y dislocaciones funambulescas de ideas, para llegar á reunir la suma de ingeniosidad espontánea, franca y deliciosa que derrochó Campoamor en sus *Polémicas*, y especialmente en la que sostuvo con Castelar, Canalejas y algunos periodistas demócratas sobre la *fórmula del progreso*. Nada más entretenido que releer una de estas polémicas después de tantos años como van corridos desde entonces, y á la luz de los sucesos que vinieron á aquilatar ó echar por tierra las razones y argumentos de los contendientes. En la polémica de Castelar y Campoamor, lo que

nos sorprende hoy es el cambio de posición que el tiempo y las circunstancias impusieron á dos adversarios tan insignes. Allá por los años de 1856 á 1860 era Castelar el paladín de la *virgen democracia* (doncella andante sonrojada por las cuchufletas de Campoamor); condenaba en nombre de principios radicales el credo de los partidos medios, que Campoamor defendía, y mientras el tribuno acusaba al poeta—ó á sus ideas—de “corromper las conciencias y envenenar los corazones, de ofrecer por oro el derecho, por oro el sufragio, por oro la libertad de escribir, por oro la dignidad humana”, el poeta, no quedándose atrás, acusaba al tribuno de propalar “esas utopías vagas y san-grientas como las esperanzas de la desesperación, y que, en política, conducen al mando de los más, y no de los mejores; en sociedad, á la disolución de la familia; en religión, al ateísmo; en economía, á la supresión de la propiedad personal; en todo, por todo y para todo, al desorden, á la anarquía, al caos”. A la vuelta de treinta años, y acontecida una revolución, la caída de dos dinastías, otra guerra civil, una restauración y una regencia, Castelar ha venido á ser el apoyo más firme del orden, el sostén de la monarquía, el enemigo de la revolución, el domador de la hidra, el baluarte de la propiedad personal contra los ataques del socialismo, el creyente que se arrodilla en el templo, el poeta de la familia tradicional y hasta el ilustre varón que con más donaire practica aquel sistema del humorismo que condenaba en

Campoamor, demostrando con hechos que “la alegría es el reflejo externo de la virtud”. Y Campoamor, el moderado, el defensor de las instituciones, de la religión y de la moralidad, hoy pasa por el escritor empecatado y disolvente, funesto y peligroso entre todos, á quien la gente timorata, por boca de Pidal, ha puesto en entredicho, afirmando que sus obras, “que brillan tanto por sus bellezas literarias como por sus deformidades morales”, merecen el fuego. Y ambas transformaciones de las dos gloriosas figuras ante la vista de sus contemporáneos son naturales y lógicas. El tribuno revolucionario se hizo político de gobierno y de represión al ejercer el poder y sentir que gravitaba sobre sus hombros de patriota el peso inmenso de los destinos de España: Castelar, jefe del Estado, echóse atrás, mientras Campoamor, en la soledad de su gabinete, escudado por la irresponsabilidad del poeta y del metafísico que se ejercita en el trampolín del pensamiento, burla burlando fué rompiendo vallas, y salvando fronteras, y ensanchando aquel mundo interior rico y vario y libérrimo, en que la realidad no ejerce acción, en que los *hechos* obedecen á las *ideas*, no las *ideas* á los *hechos*. Mas aunque filósofo de libertad, ó antes bien, de anarquía, Campoamor es siempre, en política, el enemigo de la democracia y del sufragio universal, porque su propia individualidad le infunde mayor respeto y estimación que la masa anónima.

Realmente, aunque no falta quien le llame *el*

*hombre de las contradicciones* (aquí se confunde lo *contradictorio* con lo *complejo*), todo es armónico en Campoamor, y el pensador y el político hacen uno solo; dado el temperamento de Campoamor no se puede ser más que partidario del justo medio con ribetes de un liberalismo altanero, desdeñoso del profano vulgo. Esto, por lo que respecta á lo interno; en lo externo, Campoamor es un político de probada consecuencia. Dos hechos lo demostrarán.

Es el primero el célebre desafío con Topete, del cual dijo atrevidamente Bermejo en *La Estafeta de palacio*, que pudo evitar la revolución de 1868 y modificar todo el curso de los acontecimientos históricos que hemos presenciado después. La ocasión del duelo fué como sigue: siendo presidente del Consejo de ministros el general O'Donnell, nombró para la cartera de Marina á mi paisano D. Augusto Ulloa, que había sido muchos años Director general de Ultramar. El nombramiento sentó mal á los marinos, y en son de protesta renunciaron sus cargos cuantos los ejercían en el Almirantazgo y en el Ministerio, como si fuese la primera vez que un terrestre desempeñaba la misma cartera. La discusión de estos hechos,—que tenían levadura política y eran como preludios del espíritu de la insurrección que estalló después,—se generalizó en la prensa, y uno de los que combatieron, con su acostumbrada sal, la decisión de los dimisionarios, fué Campoamor en *La Epoca*. He notado que, en los ataques, la delicada ironía literaria, la frase culta é incisi-

va, exasperan más que la grosería ó la brutalidad. Furiosos, tergiversando las frases del artículo de Campoamor, los marinos se declararon insultados, calificados de *pescadores de caña* y *cogedores de ostras*, y á pesar de las francas, bien razonadas y discretas explicaciones del poeta, el capitán de navío D. Juan Bautista Topete insertó en *El Contemporáneo*—por sugestión de González Brabo—un destemplado comunicado, que obligó á Campoamor á pedir, con fundamento, retractación ó satisfacción en el terreno de las armas. Esto último fué lo único que Topete aceptó, y el concertado duelo verificóse en Vista-Alegre, la soberbia quinta del banquero marqués de Salamanca.

Conviene advertir que cuando esto ocurría, estaba Campoamor padeciendo una de las contadas enfermedades que en su vida le han aquejado: calenturas cotidianas. Temeroso de que la accesión febril, que le obligaba á dar diente con diente, remedase, en la hora del combate, el castañeteo del susto, Campoamor, la vispera del desafío, se intoxicó, echándose al colete la bárbara dosis de treinta y dos granos de quina. Así pudo ir sin fiebre “al campo del honor,” y quizá desde entonces quedó consolidada su fe en el soberano específico, y organizado el único botiquín que Campoamor lleva en sus viajes, y que se compone de “agua, vino, azúcar, quinina... y jamón.”

“Creyó el célebre mareante—dice Bermejo refiriendo el caso—habérselas con aprendices

en el manejo del arma, y hecho el saludo, comenzó á amagar distintos golpes, formando á la vez molinetes, á fin de deslumbrar al cantor de las *Doloras*; pero el poeta, más sereno ó más cauteloso, no descompuso su guardia; esperó el primer golpe verdadero; lo paró, y ligero como la saeta, levantó y dejó caer el acero sobre la cabeza de Topete, haciéndole una herida que, si no fué grave, fué bastante profunda, en todo lo largo de la frente. Cegado por la sangre que derramaba la herida, no pudo continuarse el combate y cesó la refriega. „ Lo que omite el puntual narrador, es la exclamación de Topete, que, sintiendo más el vencimiento que la cabeza rota, exclamaba: „¡Qué van á decir de mí los marinos!„

El hado que dió á Campoamor la victoria dióle la razón pocos años después, haciendo que la Armada, rota ya su disciplina, fuese de la protesta pacífica á la abierta insurrección de Cádiz.

Los que en el lenguaje reaccionario de entonces llamaban á la revolución *la topetada*, confirmaban la opinión de Bermejo, el cual decía que, si Campoamor hubiese tenido tanto empuje en la diestra mano para blandir el sable como tuvo entendimiento para escribir las *Doloras*, y apretando más el charrasco hendiese la cabeza de su enemigo, Topete no existiría, y tampoco la Revolución.

Ello es que, por unas ú otras causas, la revolución vino, y la reina Isabel II, algún tiempo ídolo de sus vasallos, tuvo que huir á Fran-

cia perseguida por las injurias, los libelos y las maldiciones. Retirada en Pau, y al pronto casi abandonada de todos, — ella, que tantas mercedes dispensara y tantas distinciones había prodigado, — la primer visita de españoles que recibió fué la de Campoamor y su mujer, que iban á saludar á la expatriada y á ofrecerle su constante adhesión.

Al verificarse la Restauración, Campoamor fué nombrado director general de Beneficencia y Sanidad. Y ya puede afirmarse que la vida política activa de Campoamor toca á su término en ese puesto tan extraño, tan inadecuado á sus aptitudes y á sus estudios predilectos—ese puesto que debería desempeñar un hombre de ciencia aforrado en filántropo, no un artista envuelto en la corteza de un filósofo.—Pero es tradicional que en España todos sirvan para todo, y que nuestros improvisados hacendistas y administradores digan, con la chistosa fatuidad de unos Lamartines: „¡La hacienda! La conozco al dedillo.„

Muy serio, y con la mejor buena fe aparente ó real, Campoamor sostiene y jura y perjura que, si para algo ha recibido de Dios especiales facultades, no es ni para hacer versos, ni siquiera—contra el parecer de los gobiernos restauradores—para impulsar los adelantos de la beneficencia, sino para la agricultura. „Yo no soy—acostumbra repetir—sino un buen cosechero de esparto y naranjas. He conseguido, con mi inteligente gestión agrícola, que una finca adjudicada á mi mujer por un capital de

poco más de dos mil duros, rentara un año seis mil. Me parece...» Y en efecto, al oír tales milagros, nos apresuramos á declararle el agricultor de los agricultores.

Resumiendo la historia política de Campoamor, puede decirse que es por instinto el adversario de las instituciones democráticas, en este país donde la cultura general deja tanto que desear, y el abandono y lastimoso estado de la instrucción pública justifican toda desconfianza y recelo acerca de los beneficios del sufragio universal—que no es universal siquiera. No siendo Campoamor fanático, antes escéptico, y habiendo en sus ideas mucha amplitud y un poderoso elemento negativo, obedeció en su vida política, más que á prejuicios de sistema, á las inevitables simpatías personales. Separado del partido conservador con el fin de no apartarse de la enseña de Romero Robledo, tuvo la franqueza de decir en voz alta esta *ultima ratio* de tantas variaciones del protestantismo político: "Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la ingratitude*." La epigramática semblanza de Cánovas del Castillo es una manifestación de este espíritu voluntarioso, de esta obediencia á la ley del afecto y desafecto, obediencia confesada por el poeta cuando se arrepentía de otra semblanza,—la de González Brabo.

He concedido lugar de preferencia en estas páginas á la vida política de Campoamor, no sólo porque tiene verdadera importancia y por-

que expresa bien su personalidad, sino porque á la acción beneficiosa de la política debió Campoamor la independencia material, tan conveniente para el cultivo del arte. En España,—á pesar de los sesenta millones de seres humanos que en ambos hemisferios hablan la lengua española,—de las letras apenas se vive, y á menudo se muere; y los literatos insignes, que como literatos á secas perecerían, subsisten porque viene en su ayuda el hada de la joroba, la deforme política, con el apoyo de las buenas relaciones, del turrón, de la influencia, del cargo, que redimen de la obscuridad y la estrechez, y colocan al hombre en situación de bracear y salir á flote. Campoamor, gracias á la política, que le abrió—honorífica y naturalmente—los horizontes de una existencia decorosa, pudo, no sólo producir y trabajar sin angustia, sin mercenarismo, sino difundir su fama y acrecentar su gloria, cediendo gratis á los editores el derecho de publicar cuando y como quisiesen sus libros, merced á lo cual en toda librería hay obras de Campoamor, y corren y vuelan las quince ó veinte ediciones de las *Doloras*.

En esta biografía, donde, por penuria de acontecimientos, tengo que apuntar rasgos de carácter, quisiera que apareciese bien delineado el de Campoamor, y limpia su fisonomía moral de esa mancha de gélido egoísmo con que siempre la oscurecen, y que persiste á despecho de la elocuente defensa de Alejandro Pidal, quien decía del poeta (después de ponerle verde por otro concepto): "Su bolsa está

abierta constantemente á los pobres y á los amigos; sus dehesas son una hospedería permanente, en la que ejerce la hospitalidad con tanta cordialidad como esplendidez. Nadie le gana como anfitrión. Tiene toda la bondad, generosidad, nobleza y desprendimiento de un *vir... bonus* con bondad puramente natural. Por un amigo es capaz de tirarse de cabeza á un pozo. „ Recuérdese que, para Pidal, tirarse de cabeza á un pozo equivale á separarse del partido conservador; pero no obstante estar estrictión (que considero procedente), si Campoamor fuese el seco egoistón que muchos aseguran, ni sería tan amado, ni siquiera hubiese podido vivir dichoso.

Con los mismos elementos que labró Campoamor el panal de miel de su dicha, otro hombre fabrica la cadena de una existencia endemoniada, tejida de sinsabores. Sin la ductilidad, atractivo y placidez de su genio, tal vez malograría la ventura doméstica. Sin la moderación de sus deseos, tal vez no le alcanzaría para nada su lucida hacienda, y sería su casa, como sabemos que son otras muchas, un infierno de trampas y un abismo de farsa y derroche. Sin la superioridad de un ánimo que desdeña las vanidades por cuenta propia, aunque tenga el buen gusto de transigir con las ajenas, Campoamor, en vez de rehusar delicada y gentilmente el título de marqués que Sagasta le ofrecía, hubiese corrido en pos de honores *externos*, de esos que no honran porque no distinguen, y sufriría las continuas mortificaciones del vanidoso pequeño

en vez de gozar la firme y estable satisfacción del que tiene bien fundado su orgullo, y sobre él descansa como sobre pedestal de bronce. A propósito de la vanidad del linaje, Campoamor ha expresado el criterio más simpático y racional en un pasaje de sus *Polémicas con la democracia*: “El hombre es hijo de sus obras, y á nadie le importa que nuestros antecesores hayan sido unos matasietes contra moros y judíos, ó unas simples *aches* en el libro de la vida. Yo, que jamás me he desvelado en saber si alguno de mis ascendientes habrá tenido la honra de apretar alguna vez las hebillas del botín de Don Pelayo, nunca tendría tampoco la petulancia vulgar de alabarme de descender de un *nadie*. „

Esta superioridad filosófica, propia del *sabio* á la manera antigua, que no otorga á los efímeros juguetillos sociales más valor del que realmente poseen, es ya una base para la tranquilidad del espíritu, “que tiene á menos ser ambicioso„, y así precave mil insolencias y mil humillaciones mezquinas. Semejante condición del ánimo imita (al modo profano, claro está) el desasimiento místico y la paz de la ascesis; y el complemento *humano* de esta magnanimidad á lo Marco Aurelio, es la dulce alegría y el don de entretener y engañar las horas con otros juguetes, siempre frescos, nunca rotos,—el ingenio, el estudio, la curiosidad infantil de los secretos resortes del alma, la coquetería en la amistad, el cultivo de la poesía, el pugilato intelectual, la brillante esgrima de la paradoja y